

Documentación

1. El día del soldado

- 1.1. Alfredo Cristiani, Mensaje en los actos del día del soldado salvadoreño, 7 de mayo de 1992.
- 1.2. General René E. Ponce, Ministro de Defensa, Mensaje al soldado salvadoreño.

2. El foro de concertación económico social.

- 2.1. Unión Nacional Obrero Campesina (UNOC). Señores de ANEP la historia se los está exigiendo...

3. División en Convergencia Democrática.

- 3.1. Movimiento Nacional Revolucionario. Nuestro compromiso con la paz social y la democracia.

4. El tercer aniversario del gobierno de ARENA.

- 4.1. Alfredo Cristiani, presidente de la república, Informe a la honorable Asamblea Legislativa, al cumplir su tercer año de gobierno.



1. El día del soldado.

1.1. Alfredo Cristiani, Mensaje en los actos del día del soldado salvadoreño, 7 de mayo de 1992.

Este día es una de las fechas de más arraigo y tradición en el calendario de las conmemoraciones cívicas de la patria, saludemos este día al noble y valiente soldado, cuya dedicación, esfuerzo y sacrificio son la más clara expresión del espíritu nacional.

Venimos saliendo de una guerra dura, prolongada y cruenta, que puso a prueba el estoicismo y la determinación libertaria de nuestro pueblo. El pueblo salvadoreño dio, a lo largo de los doce años que durara el conflicto armado, demostraciones conmovedoras e inolvidables de hidalguía y de valor, especialmente en su determinación, reiterada tantas veces en las urnas y mantenida en su resistencia cotidiana, de poner en marcha y llevar adelante un proceso democrático sin precedentes en nuestro país. En ese empeño de altísima significación patriótica, el pueblo tuvo a su servicio a nuestra Fuerza Armada, que puso toda su experiencia, toda su bravura y toda su capacidad en esa extraordinaria cruzada por la supervivencia de la libertad en nuestra querida tierra.

Durante el conflicto, los soldados salvadoreños, en toda la escala de los rangos, pusieron siempre en alto su divisa de honor profesional. Hubo tantos actos heroicos que reseñarlos significaría llenar páginas y páginas de un historial brillante, que quedará para siempre en los anales recordatorios de la república.

Pero no se queda ahí el mérito excepcional de los servicios que ha prestado la Fuerza Armada a su pueblo. En todo el proceso que antecedió a la firma del Acuerdo de paz y en el tiempo de vigencia que éste lleva recorrido, el aporte de la Fuerza Armada también es ejemplar y digno de especial mención. La Fuerza Armada comprendió a cabalidad que si la guerra exige sacrificios, la paz reclama esfuerzos, que es indispensable impulsar. Y en ese sentido, acompañó fielmente al gobierno en el

propósito supremo de alcanzar la paz, poniendo su gran capacidad institucional en la búsqueda realista de adecuaciones y reajustes, para ocupar el puesto de primer orden y de primera responsabilidad que le corresponde en una sociedad plenamente democrática. La Fuerza Armada ha estado y sigue estando a la altura de las circunstancias; y ahora que el país entra en una nueva etapa histórica, en la que la sociedad democrática se desarrolla y fortalece, el papel de la Fuerza Armada queda definido de una manera permanente con mucha más claridad y precisión, según los requerimientos de una misión fundamental para la salvaguarda de nuestra soberanía, de la integridad de nuestro territorio y de la responsabilidad superior del orden público, en las condiciones contempladas en la misma Constitución.

Reconocemos y admiramos el carácter visionario de esta institución, que ha sido pilar fundamental de la vida ciudadana en los períodos más críticos de nuestra historia. Por eso no escatimamos ningún esfuerzo para que la Fuerza Armada mantenga su proverbial dignidad institucional y se desarrolle profesionalmente según las exigencias de la época que nos toca vivir, llena de contingencias y desafíos.

Este es el primer día del soldado que celebramos en tiempo de paz. Eso le da a esta conmemoración un significado muy especial y emotivo. Nuestro primer deber de reconocimiento es para los valerosos soldados que ofrendaron heroicamente sus vidas y derramaron su sangre en defensa del principio de libertad, a lo largo del conflicto. También a los que, de resultados de heridas de guerra, han sufrido deterioros físicos y sufrimientos incontables. A todos ellos y a sus seres queridos, nuestro tributo de fraternal estimación, y el reconocimiento imprecedero de la patria, que nunca olvida a sus mejores hijos.

Pero en verdad es a todos y cada uno de los integrantes de la Fuerza Armada a quienes debemos gratitud y encomio, por su lealtad, disciplina, espíritu de sacrificio y entrega profesional, en beneficio de un mejor destino para este esforzado y noble pueblo al que todos nos enorgullecemos en pertenecer. El profesionalismo de la Fuerza Armada hizo posible que, a la par del pueblo y en estrecha y leal colaboración con el gobierno, pudiera solventar con éxito incuestionable el compromiso de defender a la patria y proteger nuestras libertades, en circunstancias de máxima emergencia y riesgo nacional.

Con una Fuerza Armada como la nuestra, los salvadoreños podemos estar tranquilos sobre la garantía institucional de nuestro futuro. "El ejército vivirá mientras viva la república", dijo Manuel José Arce, prócer admirable, fundador de la Fuerza Armada y primer presi-

dente de Centroamérica. En nuestros días, puede decirse, con toda convicción, que la democracia vivirá mientras haya un pueblo y una Fuerza Armada que velen por su permanencia y estén dispuestos hasta a los máximos sacrificios para defenderla y salvaguardarla.

En nuestra calidad de comandante general de la Fuerza Armada, felicitamos y saludamos efusivamente a los señores miembros del Alto Mando de la institución, a los comandantes de todas las unidades, jefes, oficiales, suboficiales, tropa y personal de apoyo, por haber cumplido con honor y gallardía la misión encomendada de defender satisfactoriamente la institucionalidad de la república.

Soldado salvadoreño, que Dios te bendiga y que Dios bendiga a El Salvador.

1.2. General René E. Ponce, Ministro de Defensa, Mensaje al soldado salvadoreño.

Una vez más nuestra histórica madre Escuela Militar constituye el sagrado altar donde todos los años conmemoramos el 7 de mayo como la fecha de mayor exaltación dedicada al soldado salvadoreño.

Hoy hace 168 años, nuestra Fuerza Armada surgió del corazón de nuestro pueblo, para constituirse en su firme e inquebrantable brazo armado para la realización y goce de sus designios históricos.

Desde nuestro nacimiento como república, década tras década, año con año, los salvadoreños venimos siendo sometidos a difíciles y duras pruebas, pero aún a costa del máximo sacrificio, hemos siempre preservado nuestros preciados tesoros, que no son otra cosa que, nuestra fe en Dios, nuestra calidad de hombres libres y nuestra capacidad de actuar unidos ante la adversidad.

Por ello, nuestra bandera reza: Dios-Unión-Libertad, y ha sido el soldado salvadoreño el celoso centinela que ha mantenido erguido nuestro pabellón nacional, de generación en generación.

La Fuerza Armada de El Salvador ha actuado siempre, en el inexorable proceso de cambios, como una parte orgánica de nuestro pueblo, luchando por sus anhelos y contribuyendo en forma determinante al logro de los grandes objetivos de la nación.

El proceso político en nuestro país avanzó lenta-

mente, pero cuando juntos nos propusimos la forma de vida democrática, juntos la obtuvimos, aunque algunos persistían en destruirla, sentábamos entonces las bases para continuar edificando un nuevo porvenir.

Luego vendría el esfuerzo por la paz, como nuestro ideal supremo. Pasos cautelosos pero firmes, con voluntad y capacidad de entendimiento, nos habrían de llevar a ella, dentro del marco de nuestros valores y del Estado de derecho, aceptando con toda responsabilidad, las nuevas concepciones que trae consigo toda evolución social.

Es así como los salvadoreños nos empeñamos en el proceso de paz, como una realidad inevitable, algunos más que otros, pero sin exclusión de nadie, únicamente en beneficio de nuestro pueblo. Obreros, campesinos, militares, empresarios, clérigos, juntos todos los salvadoreños ganamos la paz. Y es de justicia reconocerlo, gracias al profesionalismo, el sacrificio y la sangre del soldado salvadoreño, y principalmente al impulso, dedicación y acertada conducción del señor presidente de la república y comandante general de la Fuerza Armada, licenciado Alfredo Cristiani, paladín de la paz.

A partir de la firma del Acuerdo de paz, el pasado 16 de enero de este año, todos los salvadoreños, sin excepción, deberíamos de esforzarnos, para dejar atrás el refinamiento de los vicios y dar paso al perfecciona-

miento de la virtud; tenemos el imperativo generacional de aunar esfuerzos por buscar una convivencia en armonía, de bienestar, en orden y libertad, para que sea esa y no otra, la realidad nacional que conozcan nuestros hijos.

Como soldados salvadoreños nos sentimos orgullosos por nuestro rol, por nuestra participación y por nuestra actitud en este período de transición hacia la paz y en este día especial anunciamos que la Fuerza Armada, en su proyección para el año 2000 y con espíritu integracionista en una nueva sociedad democrática, ha programado cambios dinámicos que encierran una variedad de funciones de utilidad cotidiana en tiempo de paz. De aquí podemos concluir que nuestra institución, manteniendo sus destrezas de indeclinable brazo defensivo del cuerpo social, subordinados a las autoridades legítimamente constituidas, continuará contribuyendo a alcanzar las mejores condiciones que permitan un desarrollo socioeconómico continuado en nuestro futuro El Salvador.

Aceptamos el reto histórico que nos impone la Carta Magna y nuestra patria, para trabajar hombro a hombro junto al hermano que está en la fábrica, en el campo y otros quehaceres, a fin de consolidar el proceso social, defender y consolidar esa paz que hoy tenemos; y fortalecer la libertad dentro de la democracia, como elementos fundamentales de nuestra propia forma de vida.

Sobre tales bases, con toda seguridad podemos afirmar, que nuestra Fuerza Armada es para la paz. Nunca más en el futuro, la institución armada será un conjunto de hombres del cuartel y aislados. El pueblo salvadoreño puede estar seguro, que cada miembro que integre las filas castrenses, estará capacitado para servir, auxiliar, vigilar, en procurar primeros auxilios de salud, en tareas de alfabetización, en la conservación del medio ambiente, y en general, estará capacitado para participar activamente por el bienestar de las comunidades, pero sobre todo, continuará siendo un profesional disciplinado y cumplidor de las leyes de la república.

Como militares, entendemos los cambios y reajustes en el interior de nuestra Fuerza Armada, la fidelidad a nuestros deberes y la subordinación al poder político legalmente constituido. Somos parte de una sociedad en desarrollo, y dentro de nuestra vocación de servir, estamos siempre dispuestos al máximo sacrificio por obtener la felicidad y bienestar de nuestros compatriotas y garantizar la libertad, la paz y la vivencia democrática.

Las ideas que estamos exponiendo, no son nuevas para nosotros, la institución armada ha venido evolucionando con el pasar del tiempo. Cada vez más, ha ido adoptando nuevos roles, de acuerdo a las exigencias de nuestra sociedad. Y así, la formación militar actualmen-

te está programada en una educación integral, que proporcione una visión científica, académica y más humana. Buscamos la esencia del profesionalismo en nuestros hombres de uniforme.

Nuestro propósito es que el militar, como ser de carne y hueso, que sufre, ríe y siente, se mantenga apegado a la realidad, contribuyendo al desarrollo del país, velando por la defensa nacional, por la integridad del territorio y asegurando así la existencia de un Estado soberano, donde reine la hermandad, se trabaje en paz y se preserve la armonía social.

Soldado salvadoreño:

Deseo recordar en este acto la célebre arenga del poeta Horacio: "Soldados, he aquí lo que ofrezco a los que quieran seguirme: hambre, frío y sol; no habrá pan ni alojamiento, ni municiones; pero sí vigiliadas, continuas batallas, marchas forzadas y muchos sacrificios. El que ame a la patria, que me siga".

El soldado salvadoreño sin conocer esta arenga, la cumplimos porque pertenecemos a una nación que lleva a Dios en su bandera y en su nombre: El Salvador.

La evolución del ciudadano en el orden estatal determina al soldado, fundamento y primer elemento del sistema militar de una nación, principio orgánico que tiene fuerza para vencer, germen de vida coronado de laureles de todo sistema social, coeficiente abstracto del hombre que resume toda una vida consagrada a la colectividad, a la patria.

Ser soldado, pertenecer al ejército, vestir el uniforme militar, es lo más honroso y lo más grande que existe sobre la tierra; porque es un símbolo de valor, justicia, desinterés, nobleza, bondad y amor a la nacionalidad; decir soldado significa algo hermoso como es dar su sangre en holocausto por la patria y que la historia le recuerde con cariño y reconocimiento.

El soldado por lo que representa y por su rol específico, no deja de ser una inexorable necesidad en nuestra sociedad.

Hay que tener soldados, sin ellos las fronteras estarían abiertas, el orden, la libertad, el hogar, la familia y los efectos de todo un pueblo se confían al soldado, quien los defiende con el sacrificio de su propia vida.

El soldado sirve a la patria con las armas, como otros la sirven con las herramientas del trabajo o con sólo la fuerza del ingenio.

El soldado es la luz del progreso que baja del Sinaí como un cálido aliento de titán, para pastorear los pueblos en bancarrota y cantar la victoria de las águilas en el camino ascendente al sol.

El soldado es factor moral, decisivo en el pulsar nacional, en la integridad de la patria, que vigoriza con el riguroso cumplimiento de sus deberes militares; el soldado es la confianza y la fe en la evolución del país, el soldado es el termómetro que marca sus pulsaciones.

Frente al soldado que tiene el espíritu abierto a todas las certidumbres, a todas las compresiones y noblezas, están los señores de enfrente que tienden a socavar su dignidad y su decoro; pero no importa, el destino vencerá a los necios y pronto se verá la conciencia responsable de los pueblos nuevos, que surgen a la luz del nuevo día como un himno de redención colectivo.

Es oportuno reiterar a nuestro pueblo, que su Fuerza Armada no puede ser indiferente ante las amenazas de grupos o personas de no cumplir los acuerdos de paz y que continuamos vigilantes para consolidar la paz firme y duradera, que siempre hemos anhelado.

Hoy que nos encontramos celebrando el día del soldado salvadoreño, en nombre de nuestra gloriosa Fuerza Armada, deseo recordar con profundo reconocimiento a nuestros héroes que ofrendaron sus vidas o dieron parte de su existencia en el sagrado sacrificio por nuestra patria.

También enviamos un mensaje de felicitación a nuestros soldados heridos y lisiados que se encuentran en el Hospital Militar o en sus hogares, recuperándose de sus lesiones, por haber puesto todo su empeño y sacrificio para lograr la paz en nuestro querido El Salvador.

Y hago extensiva esta felicitación a todos los miembros integrantes de nuestra institución, hasta el último soldado, a sus padres, esposas, hermanos, hijos, por haber sabido afrontar con patriotismo los difíciles momentos durante estos pasados años; pero debemos estar seguros y orgullosos que nuestro arduo trabajo en la defensa de la institucionalidad del Estado, no ha sido en

vano; nunca nuestros más grandes anhelos vinieron por sí solos, tuvimos que pelear y morir por ellos. Conservarlos es hoy nuestro reto, sin lugar para espectadores.

En este solemne acto se ha condecorado a los miembros de la Fuerza Armada que han contribuido con sus sacrificios y actitudes, a los esfuerzos de nuestro gobierno por alcanzar la paz, mediante una solución política; también se ha condecorado a los señores jefes y oficiales mejor conceptuados en sus respectivas unidades y como un acto de gratitud de la Fuerza Armada, por la ayuda, el apoyo y comprensión recibida de los señores asesores de las Fuerzas Armadas de Estados Unidos de Norte América, durante los años de conflicto, condecoramos también por su trabajo profesional, al señor jefe del grupo militar de Estados Unidos de Norte América en El Salvador.

Asimismo, hemos sido testigos en esta ceremonia, del juramento a la bandera de este grupo de jóvenes cadetes, que este día se han comprometido patrióticamente ante nuestro pabellón nacional a defender nuestra patria aún a costa de sus propias vidas, que es la mayor gloria que puede alcanzar un soldado al servicio de su nación.

Pueblo salvadoreño:

Ha llegado el momento de unificar a la sociedad salvadoreña a través de la paz en democracia, estepreciado don de los pueblos libres y civilizados, hacia el cual han de orientarse nuestras plegarias, opiniones y esfuerzos, para la reconciliación de nuestra familia, para la reconstrucción de nuestro país, para el rescate de nuestros valores, para que resplandezcan nuestras tradiciones, y sobre todo, para profesar libremente nuestra religión y nuestra fe en Dios.

“La Fuerza Armada vivirá mientras viva la república”.

2. El foro de concertación económico social.

2.1. Unión Nacional Obrero Campesina (UNOC). Señores de ANEP la historia se los está exigiendo...

Nunca antes en la historia los salvadoreños hemos vivido un momento tan crucial como el que estamos pasando. Ni nunca habíamos estado tan cerca del entendimiento social como lo estamos ahora, con el *Foro de concertación económica y social*.

Dios y la historia nos están dando una nueva y brillante oportunidad para recapacitar y hallar el camino

que nos haga surgir como nación, en un ambiente de paz, justicia y seguridad. De manera que, la hora de dar muestras de buena voluntad y sensatez han llegado...

La Unión Nacional Obrero Campesina (UNOC), llama a la reflexión a los miembros de la ANEP, para que recapaciten sobre su actitud e intransigencia de participar en el *Foro de concertación*, pues esas posiciones,

para empezar, no benefician al país y menos a toda su gente. Nosotros, los trabajadores, suponemos que ustedes como representantes de la empresa privada, comprenden la grave crisis social y económica que vive nuestro país. Que por ser tan profunda y compleja, ésta, no puede ser resuelta por un sólo sector de la sociedad, porque nadie tiene las verdades absolutas sobre las soluciones a los problemas nacionales.

En estos momentos, la patria nos exige a todos los salvadoreños, por medio del *Foro de concertación económica y social*, que forjemos una inteligencia social organizada, capaz de elaborar soluciones concretas para los grandes problemas políticos y económicos.

Todos los salvadoreños albergamos actualmente un radiante sentimiento de optimismo y esperanza por la paz que está en proceso de concretarse. Pero este proceso exige plenas garantías que sólo pueden surgir a la luz de la razón y el entendimiento de quienes tenemos los roles protagónicos dentro de la *concertación...* y ustedes señores de ANEP, también tienen asignado un papel principal en este drama de nuestra historia.

Señores de ANEP, reflexionen sobre nuestra cruda realidad social, avóquense a su verdadero espíritu nacionalista y piensen en aquellos dos millones de salvadoreños que sobreviven diariamente en las comunidades rurales marginales, en medio de condiciones inhumanas; piensen en nuestros niños de la calle, en la degradación moral y espiritual de nuestra juventud, en la salvaje delincuencia y en todos aquellos problemas que está provocando la grave erosión social en que vivimos. Y acaso, todo este trágico panorama les logre tocar las fibras más sensibles de su conciencia nacionalista para reconocer que dentro de este balance negativo todos tenemos parte de culpa y todos debemos ayudar a resolverlo. Después de reflexionar, suponemos que será más fácil para ustedes comprender la necesidad, o más bien, la obligación moral, de no darle la espalda al reto que nos plantea el *Foro de concertación económica y social*, del cual, debe surgir un nuevo modelo social para El Salvador que nos permita solucionar urgentemente nuestra crisis, y al mis-

mo tiempo, con el que podamos forjar una patria más humana, libre y justa para vivir.

Señores de ANEP, el *Foro de concertación económica y social*, ciertamente no debe concebirse como otro campo de batalla, sino más bien, como el escenario donde trabajadores, empresa privada y gobierno, nos enfrentamos al gran desafío de la razón, haciendo converger las inteligencias vigorosas e incisivas y la madurez intelectual de cada sector representado, para que, de ese modo, hagamos aportaciones creativas, constructivas y modernas en beneficio del gran objetivo del *Foro de concertación*.

A escasos ocho años de cerrar el siglo veinte: en el tiempo en que las sociedades desarrolladas están buscando reacomodos que viabilicen una convivencia social más armónica; cuando la civilización se está convirtiendo gradualmente, en algo más moral para enfrentar la nueva era que se le avecina al mundo, El Salvador vive también uno de los más trascendentales momentos de su historia, puesto que en él se juega la armonía, el bienestar y la paz de su pueblo. Oponerse a la inevitabilidad de los hechos sería un pecado y una falta de bondad hacia nuestra propia gente, y negarse al clamor de justicia social es no haber superado sentimientos primitivos como el egoísmo y la codicia humana. Señores de ANEP, la historia le está exigiendo su participación en el *Foro*. Sabemos que hay entre ustedes muchos empresarios progresistas y con criterios de justicia, que comprenden la trascendental importancia del *Foro* como un suceso social positivo para nuestro país. Por eso, la *Unión Nacional Obrero Campesina (UNOC)* les reitera la invitación a incorporarse a este evento. Ahora es el momento de decirle *no* a los que siempre se han opuesto al verdadero progreso y desarrollo de El Salvador. Ahora, es el momento de quitarse temores para adoptar posiciones de compromisos serios y verdaderos...

¡La historia se los está exigiendo!

San Salvador, 18 de mayo de 1992.

3. División en Convergencia Democrática.

3.1. Movimiento Nacional Revolucionario. Nuestro compromiso con la paz social y la democracia.

1. Después de más de cien días de cese del enfrentamiento armado se ha experimentado en nuestro país, por primera vez en los últimos doce años, momentos de lo que significa vivir en relativa paz.

La mayoría de compatriotas, aquellos que tienen menos de veinte años, por primera vez experimentan otra forma de convivencia donde los muertos, las balas, la represión, la inseguridad, comienzan a formar parte de

un pasado que solamente debe ser recordado como algo al que no debemos volver.

2. Como producto de este nuevo momento, que es posibilitado por los acuerdos de paz, la sociedad salvadoreña se encuentra en una fase de reacomodos a todo nivel que se expresan en las esferas de lo económico, social, político, cultural y militar.

Son diversas las readecuaciones que, en la actualidad, se están experimentando en nuestro país. Nuevas alianzas y concertaciones son exigidas; nuevos partidos políticos son inscritos y otros buscan hacerlo. Estamos en una situación caracterizada por una intensa dinámica, lo cual implica, para todas y cada una de las fuerzas políticas, el estudiar a profundidad y con seriedad cuales deben ser las acciones a tomar.

3. Consciente de esta situación el *Movimiento Nacional Revolucionario (MNR)* ha propuesto la necesidad de conformar la *unidad de las fuerzas democráticas*, como un instrumento que apoye el cambio que tanto necesita nuestra sociedad. Consideramos que únicamente con el apoyo de las fuerzas políticas, sociales y religiosas que deseen firmemente impulsar los acuerdos de paz, se pueden realizar las transformaciones estructurales que el movimiento demanda.

4. En COPAZ las fuerzas de oposición, democráticas y progresistas —FMLN, UDN, PDC, MNR, MPSC, PSD— son una expresión de la realidad política que estamos viviendo; con el voto consensuado entre estas fuerzas es que se puede contrarrestar la posición mantenida en torno a los acuerdos de paz, por ARENA, el gobierno, PCN y MAC. Esta situación que permite un cierto equilibrio, posibilita que las resoluciones en COPAZ sean tomadas por consenso entre todas las partes que la componen.

5. La realidad política expresada en COPAZ entre las fuerzas de oposición, democráticas y progresistas, es que

como MNR hemos propuesto que se fortalezca y desarrolle en la *unidad de fuerzas democráticas*, la cual creemos es el proyecto estratégico para ganar el futuro, no solamente para impulsar los acuerdos de paz, sino para profundizar en los cambios que tanto se necesitan en beneficio del pueblo trabajador y de las mayorías populares.

6. Estamos en una fase de transición. Nosotros luchamos para que esta sea una transición democrática hacia una democracia plena. Esta transición necesita contar con el aporte de mayorías políticas estables, donde predomine el ingenio, la madurez, el realismo y la responsabilidad de todos. Lo anterior exige la suma de fuerzas del centro a la izquierda, tal como sucede en COPAZ.

7. En esta situación, las tres grandes fuerzas políticas que cuentan con identidad propia, con trabajo a nivel nacional y con sólidos referentes internacionales son el FMLN, el MNR y el PDC. Estas fuerzas deben ser el eje articulador de la *unidad de fuerzas democráticas*.

8. El MNR llama al resto de entidades políticas de oposición para que se ubiquen en el espacio donde naturalmente encuentren mayor afinidad ideológico-política, a efectos de consolidar este gran esfuerzo patriótico, estratégico y decisivo para ganar el futuro democrático y socialmente equitativo de nuestra sociedad.

9. El MNR reitera su compromiso histórico de trabajar por los intereses populares, por la democracia real y por la justicia social y para contribuir a que haya una sola paz para la patria de todos.

- ¡Por el real cumplimiento de los acuerdos de paz!
- ¡Por la Unidad de las fuerzas democráticas!
- ¡Para entrar en el futuro por la puerta de la concertación!
- ¡Por el socialismo democrático!

Usulután, 16 de mayo de 1992.

4. El tercer aniversario del gobierno de ARENA.

4.1. Alfredo Cristiani, presidente de la república, Informe a la honorable Asamblea Legislativa, al cumplir su tercer año de gobierno.

Nos corresponde este día presentar ante la honorable Asamblea Legislativa el informe oficial sobre nuestra gestión ejecutiva, al cumplirse el tercer año de gobierno.

Las circunstancias en que lo hacemos esta vez son muy diferentes a las de los años anteriores. En primer término, y en concordancia con lo que desde el primer

día de nuestra administración señalamos como el tema prioritario de la agenda de gobierno, nos sentimos profundamente satisfechos al referir —aunque desde luego es del conocimiento de todos— que a partir del 16 de enero del corriente año el conflicto armado concluyó en el país, por la vía que siempre consideramos la más na-

tural, la más conveniente, y la de contenido ético-histórico: la vía del entendimiento político.

Nos propusimos desde el primer minuto de nuestra gestión poner todo el esfuerzo y la dedicación necesaria para que los salvadoreños pudiéramos vivir en paz, en progreso y en libertad. Y como resultado de ese compromiso de honor ante el pueblo salvadoreño, que nos honró con la confianza en las urnas, esos han sido nuestros objetivos superiores en la conducción gubernamental: la paz en libertad, la libertad en progreso y el progreso en democracia.

En la política, la meta prioritaria era la paz, pero no como logro absoluto y único, sino como proceso que nos permitiera a los salvadoreños abrir juntos las puertas del futuro, en la dinámica de un consenso básico que hiciera posible lograr la estabilidad del país en beneficio de todos los integrantes de nuestra sociedad. El Acuerdo de paz, alcanzado luego de un arduo trabajo de dos años y medio, constituye un extraordinario avance histórico en la vida nacional. Los que lucharon como enemigos en la guerra pudieron sentarse en una mesa a discutir la agenda de sus diferencias sobre el enfoque de los más diversos problemas nacionales, y luego de un complicado ejercicio de racionalidad política, arribaron al Acuerdo que ha sellado la paz en El Salvador. Era algo que no parecía alcanzable, después de tantos años de lucha fratricida; pero que tenía que ser —si es que actuábamos como salvadoreños conscientes de nuestra responsabilidad hacia el país y su destino— el resultado cualitativamente superior de un largo conflicto que tiene raíces tan profundas en los errores, los desequilibrios, las cegueras y las intolerancias del pasado.

El conflicto terminó formalmente con la firma del Acuerdo de paz, y la necesidad incontestable de que esto ocurriera se demostró con el hecho de que, desde ese día, haya cesado toda actividad bélica. El conflicto, históricamente, había concluido antes de que se firmara la paz. Por eso ésta ya no podía tardarse más.

Estamos ahora enfrascados en la compleja dinámica del cumplimiento de los compromisos de paz. Es un proceso también difícil y lleno de obstáculos que hay que ir resolviendo con determinación, con prudencia y con sentido patriótico. Por nuestra parte, reiteramos ante esta augusta representación legislativa del pueblo, que estamos enteramente dispuestos y comprometidos a dedicar al cumplimiento de los acuerdos de paz toda la voluntad y todo el empeño que dedicamos al proceso de negociación, que concluyó en forma tan satisfactoria para el país. Sabemos que el Acuerdo de paz, con todo lo trascendental que es, constituye sólo uno de los fundamentos del gran proyecto de la restauración integral del

país: el proyecto de un país que viva una estable y auténtica democracia, donde todos los conflictos puedan resolverse en forma pacífica, y en donde nadie está excluido de participar en la responsabilidad del destino nacional.

Hemos recordado, en oportunidades anteriores, que la paz es un don de Dios; pero no es un don gratuito, sino otorgado luego de un arduo trabajo humano del sacrificio, de tolerancia y de racionalidad. El pueblo salvadoreño ha demostrado con creces que merece este don, y por eso lo ha conseguido. Todos los que modestamente hemos colaborado para el logro de la paz, nos sentimos íntimamente conmovidos a reconocer que es el pueblo mismo no sólo el principal gestor de la paz, sino su directo y fundamental beneficiario.

Todos los sectores y grupos del país, políticos, económicos y sociales, estamos en el deber de trabajar coordinadamente y poniendo lo mejor de nosotros mismos en función de la paz en democracia, que es el gran proyecto de este noble y esforzado pueblo al que tan orgullosamente pertenecemos. Por ello es necesario fortalecer creativamente el pluralismo, desarrollar la cultura del respeto a los derechos humanos y consolidar institucionalmente la paz, como base de la convivencia armoniosa entre los salvadoreños. Si logramos impulsar entre todos estos supremos objetivos, nuestro paso por la historia de El Salvador no habrá sido en vano.

Paralelamente al gran esfuerzo por la paz, nos propusimos metas muy concretas en los campos económicos y sociales, desde el principio de nuestro gobierno. En lo económico, terminar con la abusiva injerencia estatal para establecer un sistema de economía social de mercado, que permite al individuo y a sus organizaciones de libre iniciativa, amplio espacio para desarrollar su capacidad creadora y así alcanzar un desarrollo socio-económico fuerte y sostenido; y en lo estrictamente social, crear condiciones concretas, sin engaño ni demagogia, para elevar material y espiritualmente la calidad de vida y el bienestar de toda la población, especialmente la de aquellos hermanos que viven en extrema pobreza y otros grupos altamente vulnerables, como son las madres jóvenes desprotegidas, los niños y jóvenes que no tienen familia responsable y los ancianos olvidados. Y, desde luego, los miles y miles de víctimas inocentes de la guerra, que han sufrido el desarraigo, la minusvalidez y el abandono.

La atención de los grandes desafíos nacionales en los campos económicos y sociales son de una inmensa complejidad. Hemos tratado esos problemas con seriedad y responsabilidad, sin amedrentarnos por los costos políticos inmediatos de los programas que hemos puesto

en marcha, en medio de muchas incompresiones y rechazos. El sentido del deber patriótico nos ha hecho anteponer la sinceridad y la verdad a todo tipo de conveniencia, y los resultados están empezando a verse.

La profunda crisis económica y social, causada por el efecto de las políticas populistas-estatizantes y por el daño constante del sabotaje a la infraestructura del país y a objetivos económicos claves, demanda soluciones que cambiarán radicalmente las obsoletas estructuras. Por eso, el pueblo salvadoreño —de sabiduría innata y ya maduro políticamente por tanta adversidad por constantes desilusiones— votó mayoritariamente por el cambio realista. Por eso, desde el primer día de nuestra gestión, comenzamos a ejecutar el plan de desarrollo económico y social, el cual se caracteriza por su concepción humanista y por ofrecer alternativas modernas de solución a los más graves problemas del país.

Sabíamos que este proceso de cambios, de modernización de las estructuras y de nuevo enfoque de las políticas tendría oponentes obstinados. Sabíamos que tendríamos que enfrentar la crítica de aquellos que siguen aferrados a modelos obsoletos y fracasados, que crearon caos, corrupción y pobreza, de los cuales sólo se beneficiaron unos pocos privilegiados a costa de todo un pueblo, que vio retroceder su nivel de vida durante los años ochenta a condiciones iguales a las de un cuarto de siglo atrás. Por eso llegamos a la conclusión histórica que para El Salvador los ochenta fueron, en el campo de realidades económicas y sociales, la década perdida, del retroceso, de la destrucción y del empobrecimiento.

Esta triste verdad nos hizo concluir que si queríamos enfrentar la crisis con seriedad y responsabilidad, y rescatar de veras nuestra amada patria, los cambios estructurales eran ineludibles, pues teníamos que romper con la intervención estatal que tenía oprimida la capacidad e ingenio creador del pueblo salvadoreño. A su vez, estábamos conscientes que para que estos cambios produjeran una contribución sustancial a un desarrollo económico dinámico y sostenido en el tiempo, era fundamental primero estabilizar la economía.

Por esto, durante nuestros tres años de gestión, el énfasis de la política económica de corto plazo del gobierno ha estado centrado en crear condiciones de estabilidad, mediante la reducción o eliminación de los graves desequilibrios que afectaban la economía a mediados del 1989, para así combatir el más injusto y regresivo de los impuestos: la inflación. Esto fue completado con un conjunto de reformas estructurales que han cambiado el papel del Estado y liberado la capacidad creadora y productiva del sector privado.

Los resultados son altamente satisfactorios, porque

en general, son mejores a los originalmente programados en el plan de desarrollo, a pesar que hemos tenido que enfrentar adversas condiciones que han limitado los avances. Recordemos que, en un inicio, la ayuda externa se redujo en 50 millones de dólares; el precio del café en el mercado mundial cayó a niveles extremadamente bajos y aun sigue sin recuperarse; la sequía afectó duramente a los sectores agrícolas y al de la energía durante el año pasado y lo sigue haciendo este año; el conflicto golpeó con especial dureza nuestra economía durante los dos últimos años; y la recesión que ha afectado por casi dos años a Estados Unidos, nuestro principal socio comercial, ha limitado la expansión de nuestro comercio externo.

A esto se suma el efecto inicial de las políticas de estabilización y reordenamiento económico, puestas en marcha durante el primer año y medio de gobierno, que demandaron un sacrificio patriótico de todos los salvadoreños para comenzar a salir de la caótica situación en la que nos encontrábamos. Sin embargo, el pueblo confió cuando le dijimos, el primer día, que no éramos mesías ni magos, sino hombres de trabajo. Ha pasado el tiempo y los frutos del esfuerzo comienzan a cristalizar.

A pesar de las adversidades que hemos tenido que afrontar, el pueblo salvadoreño, grande en espíritu de trabajo y deseos de superación, respondió positivamente a la política de liberalización y apertura comercial impulsada por el gobierno, haciendo que la actividad económica creciera 3.5 por ciento en 1991, al igual que el año anterior. Este nivel de crecimiento, que es el doble del promedio de los años 1984-1989, muestra que la economía ha entrado decididamente en una etapa de reactivación. Todo indica que —salvo el impacto negativo que puede tener el errático régimen de lluvias y la crisis cafetalera—, la economía crecerá con mayor dinamismo en 1992, dadas las condiciones de paz que todos estamos construyendo, esperándose que alcance 4.5 por ciento.

Por su parte, la inflación o ritmo de aumento de los precios, continuó disminuyendo, registrándose 9.8 por ciento en 1991, tasa equivalente a un tercio de la que tuvimos en promedio en 1986-1987, cuando existía un amplio sistema de controles de precios. Esta disminución de la inflación se debe en gran medida a la disciplinada conducción de la política monetaria y a la reducción o cambio de estructuras de algunos de los principales desequilibrios macroeconómicos.

Vemos el futuro inmediato con optimismo porque la tasa de inflación de los primeros cuatro meses de 1992 muestra que ésta sigue bajando, al ubicarse en alrededor de 8 por ciento anual, el menor nivel de aumento de precios de la historia del actual índice. De esta manera,

se está logrando tener crecimiento con estabilidad, condición que no se daba desde antes del inicio del conflicto.

Las señales de la reactivación económica se manifiestan en casi todos los ámbitos del quehacer productivo. Los índices de actividad de cada uno de ellos: industria, comercio, construcción, electricidad y transporte muestran constantes y dinámicos aumentos; mientras que el sector agropecuario evidencia una recuperación a pesar de las adversas condiciones climáticas que aun estamos sufriendo.

Esta reactivación general se manifiesta en forma real, a través de mayores volúmenes de importación de bienes intermedios y de capital, unos necesarios para satisfacer mayores niveles de producción y los otros para mejorar la eficiencia y estructura productiva; el registro de apertura de más de mil 400 nuevas empresas; mayores y más variadas exportaciones no tradicionales; sustanciales incrementos en los volúmenes de carga movilizada en los puertos y transportada por carreteras; cada vez mayores niveles de consumo industrial de energía eléctrica; un aumento de gran magnitud en la producción de cemento, ante un auge de la construcción que se puede observar a simple vista a través de todo el país; un comercio dinámico que se expande con rapidez y da campo al ingreso al mercado a nuevos negocios de las más variadas actividades; mayores niveles de inversión privada y de utilización de la capacidad instalada; y el trabajo de alrededor de 56,900 nuevas manzanas de tierra, en su mayoría en cultivo de granos básicos.

La reactivación económica, que todos estamos forjando, genera nuevas actividades comerciales, brinda mayores posibilidades para mejorar los ingresos y abre la oportunidad a los más pobres para progresar con dignidad, a través de la ayuda más grande que se les puede ofrecer: un trabajo permanente.

Los positivos efectos de la reactivación económica y su estabilidad son evidentes. La tasa de desempleo urbano bajó de 10 por ciento en 1989-1990 a 8 por ciento en 1991-1992, mientras que en el área rural se ha alcanzado prácticamente empleo pleno, registrándose escasez de mano de obra, especialmente en los períodos de cosecha. Como reflejo del crecimiento de la actividad económica, el ingreso real por persona creció por segundo año consecutivo en uno por ciento, la tasa más alta de Centroamérica en 1992. Ante la menor inflación, la tasa de interés básica se redujo de 22 a 16 por ciento durante el último año, dando así un sólido apoyo al proceso productivo nacional. Los bancos comerciales registraron aumentos reales en sus depósitos de ahorro en los dos últimos años, mostrando que han recuperado la confianza en los depositantes. El tipo de cambio mantiene con-

diciones de estabilidad y el capital privado en vez de fugarse al exterior como en el pasado, retorna para apoyar el proceso productivo del país.

Este es el logro de todo el pueblo, sin excepciones, ya que todos diariamente contribuimos con el esfuerzo personal a mejorar nuestro país. Si mantenemos la fe y la confianza en nuestro trabajo, como lo hemos hecho durante estos años, consolidaremos el proceso de reactivación económica que hemos iniciado, forjando un El Salvador próspero, con trabajo para todos y armonía como todos deseamos. Sin duda que ahora en paz, al entrar en un franco proceso de reactivación económica, con la laboriosidad del trabajador salvadoreño y demostrando que hay un respeto pleno a la ley y a los derechos individuales y sociales, nuestro país debe convertirse en un lugar altamente atractivo a la inversión extranjera, que con su aporte financiero y tecnológico creará nuevas oportunidades de trabajo y abrirá nuevas fronteras comerciales.

El esfuerzo de los salvadoreños por abrir nuevas fronteras comerciales se refleja en el incremento de las exportaciones en 15 por ciento en 1991, excepto el café. Los resultados del sector externo muestran cómo El Salvador está diversificando sus exportaciones, lo que de continuar dará mayor estabilidad e independencia a nuestra economía.

El progreso logrado en el campo económico y el inicio de una nueva era de paz hacen que el futuro de El Salvador sea promisorio. Sin embargo, el progreso económico cobra relevancia sólo en la medida en que se convierte en un agente facilitador del desarrollo social. Por ello, desde el inicio de nuestra gestión, hemos puesto en ejecución políticas y programas que ayuden a romper el círculo vicioso de la pobreza y crear el círculo virtuoso del desarrollo económico y social. Esto es fundamental, porque no podemos hablar de progreso social si no ponemos todos nuestros esfuerzos para terminar con esa inhumana fatalidad que condena al que nació pobre a morir pobre.

Tenemos que hacer un esfuerzo para terminar con la aberrante situación de pobreza en que se debate buena parte de nuestra población. Debemos comprender que el problema de la pobreza no se soluciona con acciones demagógicas que atacan solamente los efectos, sino impulsando programas integrales, que ataquen sus causas, desde sus raíces mismas. La denigrante instrumentalización que algunos hacen con la pobreza debe terminar, porque ésta no tiene color político y detrás de su sombra hay seres humanos con sentimientos, dignidad y deseos de superación.

Las apremiantes condiciones de pobreza en que se

encontraban dos tercios de nuestros compatriotas después de décadas de constante deterioro, a causa de erradas políticas económicas y sociales, agravadas por el conflicto interno, quedaron al descubierto al ponerse en marcha los ineludibles programas de estabilización y ajuste económico. Ante la gravedad y profundidad de la crisis social y la escasez de recursos, los esfuerzos del gobierno se focalizaron hacia los grupos más necesitados, a través de programas compensatorios, de reformas, políticas y programas destinados a mejorar la cobertura y calidad de los servicios sociales que provee el Estado, y la promoción de oportunidades para que las familias de menores ingresos tengan acceso a la propiedad y a los recursos productivos.

Para focalizar la ayuda hacia las poblaciones menos favorecidas, se han desarrollado diversos programas compensatorios para mejorar la infraestructura física y social de las comunidades y generar empleo e ingreso localmente. Durante nuestros tres años de gestión se han realizado casi 10 mil proyectos con la participación de las comunidades y los gobiernos municipales, entre los que destacan los programas de capacitación de jóvenes, habilitación de guarderías infantiles, introducción de cultivos hidropónicos, reparación de escuelas, casas comunales y centros de atención en salud, pequeños puentes, adoquinados de calles, caminos rurales, y obras de electrificación, agua, saneamiento ambiental y muros de contención. Estas obras, que en su mayoría son el resultado de decisiones tomadas democráticamente, a través de cabildos abiertos organizados por las municipalidades, están a la vista de todos los salvadoreños y los más beneficiados han sido verdaderamente las comunidades más pobres.

A estos programas compensatorios se suman ahora los del Fondo de Inversión Social, los que además de dar apoyo a los gobiernos locales, abren un camino de múltiples oportunidades a las organizaciones no gubernamentales, para que participen solidariamente en el gran esfuerzo que debemos hacer todos los salvadoreños para erradicar de nuestra patria la extrema pobreza.

A través de la Secretaría Nacional de la Familia se han coordinado los esfuerzos interinstitucionales para proveer atención al núcleo básico de nuestra sociedad, acción en la que se ha contado con el apoyo solidario del sector privado.

Entre estos programas de cooperación interinstitucionales, destacan el alimentario, de atención a sectores más vulnerables que favorece alrededor de medio millón de salvadoreños, que comprenden materno infantil, refrigerios escolares y personas de tercera edad.

También la Secretaría Nacional de la Familia ha de-

sarrollado programas de legalización de la tenencia de inmuebles y coordinación de construcción de soluciones habitacionales en producción de servicios básicos para casi 4,000 familias de escasos recursos. Se favorecieron a través de los bancos comunales a más de 6 mil familias, de las cuales la gran mayoría son mujeres. Además, se han realizado acciones para proteger a la mujer de la violencia y el abuso, y se ha dado protección y ayuda a niños y madres adolescentes. La defensa de la familia y de los sectores más vulnerables es otra gran tarea donde todos debemos contribuir solidariamente, porque este es un principio de moral cristiana y de profunda conciencia social.

En fecha próxima recibirán, a través de los canales formales de esta Asamblea, el proyecto de ley del Código de Familia. Esperamos lo puedan analizar y apoyar lo más pronto posible, para que contemos con una verdadera protección de la base de nuestra sociedad: el núcleo familiar.

También en un esfuerzo por proteger el poder adquisitivo de los trabajadores de menores ingresos, el techo para los que están exentos del pago del impuesto a la renta fue elevado de 18 mil a 24 mil colones, lo que significó un incremento en su ingreso disponible. Además, el salario mínimo se elevó 15 por ciento a partir de junio de este año, lográndose así el primer incremento en términos reales en muchos años.

Dentro del plan de desarrollo económico social del gobierno, los sectores de educación, salud y vivienda han sido identificados como los prioritarios, pues ellos son el mejor camino para alcanzar el progreso integral de toda la población. En estas áreas sociales claves, la política del gobierno ha puesto su énfasis en la atención primaria, ya que ésta favorece primordialmente a los estratos de menores ingresos y a las personas de las áreas rurales. De esta manera se hace justicia progresiva, que alcance a las mayorías, en vez de la justicia regresiva, que favorece a unos pocos, como se hiciera en el pasado.

En 1991 se puso en marcha el programa EDUCO, que con la participación de los padres de familia y de la comunidad organizada, está brindando educación parvularia y de primer grado en los 78 municipios más pobres del país, especialmente en las áreas rurales. A través de EDUCO se está beneficiando a casi 52 mil niños que antes no tenían acceso a la educación. De esta manera se está ayudando a mejorar las condiciones para que el alumno se integre con mayor facilidad al proceso educativo, para que haya un interés conjunto de padres, comunidad y profesores en la educación de los niños, y para reducir los niveles de repitencia escolar y deserción, que condenan a un ser humano a ser ignorante y

permanecer en condiciones de pobreza. A través de cambios en la forma que el Estado provee el servicio educacional, de la rehabilitación y construcción de aulas, la reasignación de personal administrativo a funciones docentes y la incorporación de nuevos maestros, el gobierno está realizando esfuerzos para ampliar la calidad y cobertura de la educación en favor de los que realmente merecen toda nuestra atención: los niños.

En el área de salud, la política del gobierno también puso su énfasis en la atención primaria, en los puestos de salud, donde se brinda atención preventiva a las comunidades más pobres. Allí, los promotores de salud y las parteras empíricas cumplen una función clave para mejorar las condiciones de salud de los que no tienen medios económicos. Por esto el Ministerio de Salud pasó de contratos temporales a puestos permanentes a los promotores de salud y está aumentando su número, amplió el servicio de parteras empíricas y formó hogares materno rurales, para dar atención a las madres que no cuentan con ayuda. También las diferentes campañas de vacunación favorecieron a miles de niños, lográndose una cobertura de más de 80 por ciento de la población objetivo, lo que le valió a El Salvador un reconocimiento a nivel latinoamericano. De esta forma, el servicio de salud, que presta subsidiariamente el Estado, también se ha transformado en una herramienta para mejorar el nivel de vida de los hermanos que viven en condiciones de pobreza.

En 1991 se construyeron, por segundo año consecutivo, más de 23,000 viviendas, duplicando así la producción tradicional del sector privado. Para ello, el sector financiero invirtió más de 700 millones de colones, lo que también representó una cifra récord. El sector construcción experimentó un crecimiento del 10.9 por ciento como un efecto directo de la adecuada política financiera hacia el sector vivienda.

El mismo año se registró un crecimiento de un 5 por ciento de la población que posee una vivienda en propiedad, lo que representa más de 50,000 nuevas familias propietarias de viviendas.

En lo institucional, los logros más importantes, la reciente aprobación de la Ley del Fondo Nacional de la Vivienda Popular y la configuración del Registro Social de Inmuebles, son los principales instrumentos de la política de vivienda.

Más de 1,100 millones de colones en inversión pública han estimulado, por un lado, el crecimiento económico, y por otro, han tenido un gran impacto social, generando trabajo e ingreso a miles de trabajadores y están ayudando a mejorar la calidad de vida en nuestro país. El impacto de una inversión pública bien adminis-

trada se observa rápidamente, pues están a la vista los resultados obtenidos a través de programas de vivienda, construcción o reparación de escuelas y puestos de salud, reparación de calles y carreteras, construcción de colectores de agua, drenajes y pasos de nivel, ampliación de servicios de agua y energía eléctrica, nuevas instalaciones de teléfonos privados y públicos en beneficio de todos.

Estamos ejecutando un plan de desarrollo económico social integral, que nos está permitiendo crear las bases para solucionar los problemas sociales que aquejan a nuestro país desde muchas décadas y que fueron usados para justificar la violencia que sufrimos por más de doce años. Estamos rompiendo las cadenas de la pobreza a través de cambios estructurales en todos los campos. Por eso es que siempre hemos dicho que el plan de reconstrucción nacional debe ser observado como un plan más que debe estar estrechamente coordinado con el plan de desarrollo del gobierno, para no crear situaciones de desequilibrios que nos hagan retroceder lo avanzado.

El plan de reconstrucción nacional lo vemos como el instrumento que brindará ayuda a las personas y áreas más afectadas por el conflicto, que fortalecerá el proceso de reconciliación nacional, creando condiciones económicas y sociales para la reintegración de los miembros de la sociedad mayormente afectados, quedando en manos del plan de desarrollo económico y social la gran tarea de crear las condiciones para un desarrollo integral de todos los salvadoreños en igualdad de oportunidades.

Los logros en los campos político, económico y social alcanzados durante estos tres años son significativos. El pueblo salvadoreño es, sin duda, el actor más importante en la construcción de este El Salvador moderno, de profunda conciencia social, democrático y respetuoso del derecho y la justicia que todos comenzamos a forjar desde mediados de 1989. El esfuerzo por superarnos ha causado el reconocimiento y apoyo internacional, expresado en diferentes foros y especialmente en el Grupo Consultivo en Washington, en marzo recién pasado. A los organismos internacionales y países amigos les decimos, gracias por el apoyo que nos dan en estos momentos de gran relevancia histórica.

Todo esto lo hemos logrado gracias a la confianza y apoyo de nuestro pueblo, con lo que esperamos seguir contando en la gran tarea de consolidar el proceso de paz, lograr la reconstrucción y el progreso social y económico, para beneficio de todos los salvadoreños.

Mientras tanto, nosotros debemos comprender que si bien hemos avanzado, aún queda un largo camino por recorrer. Problemas gravísimos, como el deterioro

ecológico y su consiguiente impacto en la generación de energía, están ahora sobre el tapete de la atención pública. Estamos trabajando para encontrar también en esos campos soluciones integrales y con visión de futuro. Lo positivo es que ya hemos entrado en un franco proceso de reactivación económica que traerá beneficios a todos y que estamos en el camino correcto de la modernización que nos preparará para enfrentar en buenas condiciones los desafíos del siglo XXI. Hoy podemos decir, con profundo orgullo, que hemos rescatado en gran medida nuestra independencia económica y que hemos recuperado el respeto internacional en todos los órdenes. Ahora dependerá de nuestro esfuerzo, constancia, trabajo y aporte solidario que sigamos progresando en paz y disfrutando de una libertad plena, para que desterremos para siempre de nuestro querido El Salvador la pobreza extrema y la violencia.

El Salvador tiene, por primera vez en su historia, una concepción abierta al futuro. Los salvadoreños estamos forjando un nuevo país, lo cual desde luego no sólo crea esperanzas, sino que también genera incertidumbres (y temores), pero es el momento justo para lanzar la gran consigna de nuestro tiempo: modernización, tanto en lo político como en lo económico, en lo social, especialmente en lo educativo y en lo cultural. La modernización significa, a su vez, una efectiva y dinámica moralización de nuestra vida nacional. Lacras antiguas y nefastas como la corrupción, el clientelismo político, la intolerancia ideológica y el radicalismo a ultranza deben ser definitivamente superadas en función de un país donde todos podamos convivir en el respeto de la ley y

en el reconocimiento de los legítimos derechos de los demás. Es responsabilidad del gobierno velar porque estas condiciones se den, y actuaremos con firmeza en contra de aquellos que traten de violentar nuestro marco constitucional.

No es demasiado pedir esa imagen de país moderno y pacífico que anhelamos para El Salvador. Nuestra gente merece un destino mejor, y es capaz de vivir civilizadamente. El giro sorprendente del conflicto fratricida a la paz concertada que los salvadoreños hemos logrado hacer en los últimos tiempos, ha creado un saludable impacto en el mundo y también entre nosotros mismos. El gran reto ahora tiene dos metas: desarrollar la paz y armonizar el desarrollo. Lo podemos lograr, si trabajamos juntos todos los salvadoreños; si ponemos todo el estoicismo que desarrollamos en la guerra al servicio de la paz.

Nuestra última palabra este día es de respeto y cordialidad para todas las fracciones políticas ahí representadas, por voluntad del pueblo. En esta etapa de reconciliación, los políticos debemos dar el ejemplo. El pueblo merece y exige que trabajemos por él, más allá de cualquier diferencia circunstancial.

El trabajo que tenemos por delante es una responsabilidad patriótica compartida. De nuestra actitud ahora depende, en buena medida, la consolidación de la paz y el avance democrático de la nación.

Que Dios nos ilumine a todos.

Que Dios bendiga a El Salvador.